

HOMILÍA DE MONS. RAFAEL ZORNOZA EN EL II DOMINGO DE TIEMPO ORDINARIO,
DESPUÉS DEL RITO DE ADMISIÓN DE LOS CATEÚMENOS NO BAUTIZADOS.
/Is 49, 3.5-6; Sal 39, 2.4ab-8a.8b-9.10; 1 Cor 1,1-3; Jn 1,29-39/

En la S. A. I. Catedral de Cádiz, a 19 de enero de 2020.

Queridos amigos, muy especialmente querido Delegado del Secretariado de Catequesis, y bienvenidos vosotros, catecúmenos, que habéis recibido el signo de la Cruz, que es el signo de Cristo, del Crucificado, y por tanto de los cristianos, con el que saludamos en nuestras oraciones y en diversos momentos del día. La Cruz no es un palo de madera. Nos recuerda al que por nosotros ha muerto en la Cruz, que es Jesús, que nos salva, y que en estos momentos os invita a vivir de su vida, de su amistad, y a encontraros plenamente con Él.

Este domingo supone un contexto apropiado para este signo que acabáis de vivir, pues el Evangelio nos sitúa en un ambiente bautismal. Juan el Bautista preparó con aquel signo externo, el bautismo de Juan, la venida del Salvador, para todos aquellos que querían cambiar de vida, que querían la conversión, para esperar la venida del Mesías. Llega Jesús y Juan le señala y le identifica.. “Mirad, este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Aquellos que le rodeaban, muchos judíos, que esperaban al Mesías, le podían entender. Aquel pueblo que vivía intensamente su fe sabía que si estaba en aquella tierra que Dios le había prometido era porque gracias a un Cordero de Dios, sacrificado en la noche de la Pascua, fueron salvos, en la última plaga de Egipto, del Ángel exterminador, por Su sangre en las jambas de sus puertas. Gracias a ello pudieron comenzar el camino que les llevaría a la tierra prometida. A cualquier israelita fervoroso le daría un vuelco el corazón al escuchar “este es el Cordero de Dios”. Pero el asombro al ver a Jesús, un hombre, sería grande; por otra parte, no sería el primer Cordero ofrecido en sacrificio, porque este rito marca la fidelidad de Abraham, que es el hombre de la fe, modelo de fe: fue probado en ofrecer su don más querido, a su hijo, y al ser parado por el Ángel, ofrece un Cordero allí mismo (Gn 22,1-18). El Cordero ofrecido representará esta fidelidad, y cada año los israelitas celebrarán la pascua y matarán al Cordero.

Añade Juan, “que quita el pecado del mundo”. Ciertamente, la esclavitud más penosa no es la falta de una tierra física, es el pecado. Puede que actualmente, bajo el mito de la libertad en sentido absoluto, seamos más esclavos que nunca: intereses, ideologías, proyectos políticos y económicos, que se constituyen como verdaderas “estructuras de pecado” y nos impiden ser libres. Jesús no vino para los judíos, sino para el mundo entero. Hemos entrado en la salvación porque Jesús ha venido a salvar el mundo entero. Y el mismo Juan lo apunta porque lo ha visto, siendo testigo: el ha venido a “bautizar con el Espíritu Santo”. El Señor trae un bautismo nuevo, que ya no tiene que ver con un mero signo externo del agua, como el bautismo de Juan. El día que os bauticéis, se verá el agua, pero no es la que os salvará, sino el Espíritu Santo, que os bautiza en vuestros interior. Lo vemos más claramente en el signo del bautismo por inmersión, como en el cristianismo primitivo: uno se introduce en la vida de Dios, se

impregna, como una esponja, de la naturaleza divina que te va transformando para siempre.

El mismo Evangelio nos da a entender cuál es la gracia que se nos da en el bautismo. Esto es importante para todos los cristianos, ya bautizados, que a veces no valoramos la vida bautismal. Por una parte, el bautismo quita el pecado, y unido al pecado está el mal, personal, social, estructural. Es tremendo escuchar los testimonios de personas en situaciones de mal objetivo: privaciones, esclavitud, injusticia, hambre, persecución... ¡Cuánto sufrimiento en el mundo! A veces pensamos en cómo eliminar el mal, aduciendo medidas como la solidaridad, el reparto justo de los bienes.... Pero contradictoriamente trivializamos el pecado. Y del pecado de cada uno viene el dejarnos someter por el mal, y del mal personal vienen los males sociales y estructurales en los que vivimos inmersos y no sabemos resolver. Por eso el Señor nos libera del pecado y así del mal. Sería el sentido “negativo” del bautismo.

También hay un sentido “positivo”: el bautismo nos construye en el bien. En un bien que es superior a los bienes terrenos, es el bien de Dios. Que bonitas las palabras de San Pablo, en la Segunda Lectura, con las que saluda a los cristianos de la comunidad de Corinto para que sean santos, porque Dios les llama a ser santos, y habiendo conocido al Señor pueden vivir con la santidad de Cristo que es esa vida del Espíritu que se nos da por ser bautizados. Y nos dice lo mismo que os digo ahora: que la paz sea con vosotros; que viváis en la paz de Dios, pues con vosotros está el Señor; animaos a seguirle, y a vivir la vida de Cristo.

En la Primera Lectura, vemos la figura del Siervo de Yahvé, prefiguración y anuncio de Jesús. El Mesías no será el que “machaque” a los enemigos, un emperador con un gran ejercito. El Mesías empieza desde los profetas a perfilarse como el Siervo; siendo Dios, vendrá siendo esclavo, a servirnos. Por esto es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Con Jesús entendemos que la salvación humana no viene por las estrategias de los hombres: el poder, la fuerza... La estrategia de Jesús es el amor. Un Amor, que se hace Siervo por amor, y que nos introduce en la vida de Dios que es amor trinitario. Y el amor no es pusilánime o bobalicón. Todos vamos de “sobraos” por la vida, pero ¿quién no necesita amor, sobre todo en los momentos de más debilidad? Todos vivimos, por el pecado, sumidos en esa contradicción de afán de poder y necesidad de amar y ser amados. Vivimos en esa lucha interior. Cristo nos habla de un camino distinto: El que vosotros, catecúmenos, comenzáis ahora a conocer y a vivir para poder bautizaros y vivir como cristianos.

Todos vamos a rezar, hoy y cada vez que nos acordemos, por todos vosotros. No vais a ser examinados de nada que me aprendo de memoria y ya está. Este curso no es así. Más bien se trata de ir descubriendo a este Jesús que te quiere, para así sentir como Él, actuar como Él y amar como Él, dejándose transformar por el Espíritu que también, en su vida terrena, le habitó y le condujo a Él. Y cuando vayas leyendo el Evangelio te darás cuenta de que Jesús te cura, como curaba a los enfermos de su época, y también te sentirás afectado en el corazón cuando escuches que tienes que vivir con un amor hasta el extremo, hasta el punto de perdonar a los enemigos. ¿Seréis capaces de dar esos pasos de desprendimiento, de amor al Señor, de seguir su vida? Encontrarás la

felicidad que no pasa, esa vida que se te da en el bautismo, que te hace profundamente alegre en el amor, en medio de cualquier circunstancia de la vida. Para ser, como todo el que recibe su amor, anunciador del “Cordero que quita el pecado del mundo”, al mundo entero.

Recordamos a la Iglesia, que es Misionera, que va por todo el mundo intentando mostrar esta salvación de Jesucristo, y que se alegra cuando tantos y tantos fieles, millares cada año, abrazan la fe y se dan cuenta de que tienen que abandonar su pecado, y que aunque sean débiles, su mejor apoyo, su mejor amigo, su mejor compañero, es Cristo a su lado, para identificarse con Él y vivir Su vida y recibirle en la Eucaristía como alimento.

La Iglesia entera está rezando esta Semana, y nosotros también lo hacemos, por la unidad de todos los cristianos. Porque en nosotros está el germen de la unidad y de la división. El pecado nos hace frecuentemente encerrarnos en nosotros mismos, culpabilizar de todo a los otros y vernos siempre inocentes, y surgen desavenencias. Es la misma vida. Y Dios nos salva en la vida. Por eso tenemos que pedirle al Señor que con su gracia restaure la unidad que nos falta y que a nosotros interiormente nos de la fuerza para convertirnos, rechazar el mal y buscar siempre la unidad en el amor.

Nos despedimos ahora de vosotros, Catecúmenos, hasta que llegue el momento de acercaros como cristianos a la mesa del Señor. Pero ésta ya es vuestra casa. Bienvenidos, y estáis en mis oraciones. Amén